

El Beneficio Real del Cristiano Verdadero

Un sermón basado en Génesis 12:2

Por Wulfert Floor

Lectura Bíblica: Génesis 12

Salterio 42:1, 2

100:1, 2

55:1-3

325:1, 2

65:1, 3, 4

Queridos amigos, una persona convertida no es una persona perfecta. Mientras vivimos aquí en el mundo, siempre habrá debilidades y defectos en nuestro hablar y nuestro andar. Sin embargo, la debilidad más grande se encontrará en nuestro propio corazón. Al final de cada día, tenemos que confesar ante Dios que aun nuestros mejores actos se hicieron con muchas debilidades. Si Jesús no fuera el Fiador y el Intercesor para nosotros, y si el camino al cielo no fuera un camino de la gracia libre, entonces todos pereceríamos.

No obstante, como dijo el rey sabio: *“El justo servirá de guía a su prójimo”* (Prov.12:26). Por causa de su piedad, Daniel era el más preferido de todos los siervos del rey (Daniel 6:4). La conciencia del rey Saúl le hizo decir a David: *“Más justo eres tú que yo”* (1º de Samuel 24:17). Y así es aún con las personas que son verdaderamente convertidas, en comparación con el mundo que no conoce a Dios ni teme Sus mandamientos. Con espíritu de oración al Señor, una persona convertida trata de ser beneficiosa en el lugar donde la providencia de Dios le haya colocado, sea en el pueblo, en la iglesia, en su familia, y para con cada persona con quien tenga contacto.

Ahora bien, deseamos considerar este

BENEFICIO REAL DEL CRISTIANO VERDADERO

Nuestro texto se encuentra en Génesis 12, versículo 2, la última parte: *“Y serás bendición”*.

Estas son las palabras de Jehová a Abraham. Algunos dicen que estas palabras son un mandato a Abraham, y otros las consideran como una promesa. Según yo lo veo, debemos considerar estas palabras de nuestro texto como un mandamiento o admonición. En las primeras palabras del versículo, el Señor le había prometido a Abraham lo siguiente: *“Y haré de ti una nación grande, y te bendeciré, y engrandeceré tu nombre”*, y luego leemos, *“y serás bendición”*, o como exhortación: *“Sé una bendición”*. Pienso que estas palabras quieren decir: Sé una bendición para los demás, y

para tu prójimo, al ayudarles cuando tengan necesidades o aflicciones; al enseñarles en el camino del Señor; al amonestarles, reprenderles, advertirles y aconsejarles.

Sé una bendición especialmente para tu prójimo y hermano al ser un buen ejemplo para ellos, y por medio de un hablar y andar humilde y piadoso. Demuestra delante de todos que tú has escogido el camino al cielo, y que tu conversación siempre dé testimonio de tu piedad. No busques dominar a los demás; no seas altivo, sino humilde, manso, y pensando en las cosas celestiales, así viviendo como un peregrino aquí en la tierra. Si vives así, serás una bendición para ti mismo, porque el que ama la Ley tiene mucha paz, y el Señor dice: “...y *al que ordenare su camino, le mostraré la salvación de Dios*” (Salmos 50:23). Sin embargo, si vives así serás una bendición para tu prójimo. Así que, si eres hombre piadoso, es tu deber y tu privilegio vivir así.

Esto, en mi opinión, es el sentido y el significado de las palabras de nuestro texto: “*Y serás bendición*”. Ahora vamos a considerar estas palabras para ver cómo una persona verdaderamente piadosa es y debe ser una bendición para su prójimo y para su hermano en la fe. Luego, veremos cuánto se encuentra esto en nuestras vidas, o si bien no aun se encuentra en nosotros.

Primero: Una persona verdaderamente cambiada y convertida ya es una bendición para su prójimo al vivir en el mismo país, al vivir en la misma ciudad, o al vivir en la misma casa. Esto es así aun si el hijo de Dios jamás le haya hablado una palabra a su prójimo, o si nunca le haya dado un centavo, y aun si el piadoso haya sido encerrado de modo que ninguna persona lo haya visto jamás. Pues, por causa del pueblo piadoso, los pueblos y países pecaminosos son guardados y mantenidos por la longanimidad de Dios. Por eso se le llama al pueblo de Dios “el tronco” y “la simiente” de una nación (Is. 6:13). Si hubiera habido diez justos en Sodoma, la ciudad no habría sido destruida. Por causa de José, la bendición de Jehová estaba sobre la casa de Potifar y todo lo que tenía, así en casa como en el campo (Gén. 39:5). Por causa de Pablo, quien estaba en la nave que se hundió, ninguna de las doscientas setenta y seis personas en la nave se ahogó.

Fíjense, entonces, cómo el pobre pueblo de Dios es una bendición para la sociedad y la iglesia, aunque sea enfermo, pobre o no muy educado. Dios tiene un lazo fuerte con Su pueblo, y los protege, los ama, y los guarda como a la niña de Sus ojos (Salmos 17:8). El mundo enemigo no se da cuenta de esto, y se refiere a los hijos de Dios como un pueblo que trastorna al mundo (Hch. 17:6). No obstante, si no hubiera ninguno más del pueblo de Dios, este país sería destruido, como dijo el profeta Isaías: “*Si Jehová de los ejércitos no nos hubiese dejado un resto pequeño, como Sodoma fuéramos, y semejantes a Gomorra*” (Is. 1:6).

Al considerar este asunto, ¡cómo debemos ayudar y amar a todos los hijos de Dios! Puede ser que algunos de ellos nos caigan bien y otros no, y quizás algunos tienen un carácter más amable que otros. Tal vez estimamos menos a otros de los hijos de Dios, sea por su pobreza, su ignorancia, o por ser habladores o por otro motivo. Amigos, amen a *todos* los hijos de Dios, pues Jesús también ama a todos los suyos, y ha comprado a cada uno de ellos con Su sangre. Él llevará a cada uno de Sus hijos al cielo, y es por causa de *ellos* que Él no deja que los países sean destruidos. Por lo tanto, aprovechen de los hijos de Dios mientras están en medio de nosotros. Acompañenlos en el mismo camino angosto, y pasen con ellos por medio de la puerta estrecha.

Segundo: Una persona piadosa puede ser una bendición para la sociedad por medio de la ayuda que da para sostener a los necesitados. Job fue una bendición en este sentido; del vellón de sus ovejas se calentaron los pobres (Job 31:20), y lloró por el afligido (30:25); era “*ojos al ciego, y pies al cojo*” (29:15). Abdías escondió cien profetas en cuevas y los mantuvo con pan y agua (1 Reyes 18:13). En Hechos 9:39, leemos que las viudas pobres mostraron las túnicas y los vestidos que Dorcas hacía para ellas. Así que es el deber de cada cristiano ser una bendición en este sentido, y distribuir para las necesidades del pueblo de Dios, de esta manera haciendo bien a todos, y mayormente a los de la familia de la fe (Gálatas 6:10).

Tal vez alguien dice: “No es posible que yo dé comida a cientos de personas como hizo Abdías, pues yo también soy pobre”. Ahora bien, el que no tenga nada no tiene que dar de lo que no tiene; y el que da con amor una pequeña porción de lo poco que tiene, aún así tú puedes ser una bendición. El apóstol Pablo te dice: “*Porque si primero hay de voluntad dispuesta, será aceptada según lo que uno tiene, no según lo que no tiene*” (2 Corintios 8:12). Dios mira el corazón, y si hay el amor verdadero en el corazón pero no hay dinero en tu bolsillo, tú puedes leer con consuelo lo que Jesús dijo a Sus discípulos: “*Y cualquiera que os diere un vaso de agua en mi nombre, porque sois de Cristo, de cierto os digo que no perderá su recompensa*” (Marcos 9:41). También leemos que “*Dios ama al dador alegre*” (2 Cor. 9:7), y “*A Jehová presta el que da al pobre*” (Prov. 19:17). Que estas palabras incentiven a cada uno de los hijos de Dios a ser una bendición para su prójimo necesitado, y especialmente en cuanto al hermano de la fe.

Tercero: Una persona con la gracia puede y debe ser una bendición para su prójimo al proclamarle la Ley y el Evangelio en cada oportunidad que sea posible. No debemos predicar a nuestro prójimo, ni tampoco ponernos encima de él con orgullo; tampoco debemos intentar demostrar conocimiento de la Biblia para así jactarse delante de los demás. En cambio, debo dirigirme a mi prójimo con cortesía, preguntándole si ya ha aprendido y lamentado el hecho de que,

en Adán, él también ha caído tan profundamente y ha llegado a ser tan miserable. Con toda amabilidad y seriedad debo señalarle el gran sacrificio expiatorio de la preciosa sangre de Jesús como la única forma de ser salvo. Debo advertirle con amor acerca del camino ancho, y así recomendarle el bendito servicio del Rey Jesús. Tampoco nos hacemos culpables de arrogancia u orgullo si amonestamos con amor a un mentiroso, a un profanador, a un borracho, o a uno que no observa el Día de Reposo, así enseñándole que está en el camino que lleva al infierno. Tampoco nos hacemos culpables de orgullo si, según la luz que nos es dada por Dios, instruimos a los que son ignorantes de la verdad, o si procuramos mostrar el amor y la bondad del Precioso Jesús, Quien nunca rechaza a un alma que Lo busca, aunque la persona ya se haya envejecido en el servicio de Satanás. Dios puede usar las cosas más pequeñas: Jesús usó el lodo para abrir los ojos de un ciego.

En nuestro texto el Señor le dice a Abraham: *“Y serás bendición”*. En este sentido, ¿quién no quisiera ser una bendición para su prójimo con quien está viajando junto hacia la eternidad? Si durante nuestra vida entera fuéramos una bendición para apenas un pecador no salvo, para que por medio de nuestras pobres palabras él sea ganado para Cristo, ¡cuánto nuestra labor sería recompensado doble, pues un alma inmortal tiene mucho más valor que todos los tesoros de este mundo! Es lamentable, sin embargo, que estemos temerosos de ofender a los demás con nuestras palabras, mientras seguramente ofendemos al Señor con nuestro silencio infiel.

Cuarto: Un cristiano verdadero también puede ser una bendición para la sociedad y la iglesia sin hablar, pero con un comportamiento sencillo, humilde, y piadoso. El piadoso Abraham no era codicioso; cuando el rey de Sodoma quería premiarlo por la ayuda que se le había ofrecido, Abraham no quiso recibir *“...desde un hilo hasta una correa de calzado”* por su sacrificio (Gén. 19:23). Si verdaderamente mostramos un corazón y carácter noble para con las personas con quien nos asociamos, así seremos una bendición. Los demás verán que no es nuestro propósito simplemente decir algo para que otros nos vean, sino que deseamos vivir como un cristiano verdadero. Eliseo vivía de una manera tan piadosa y ejemplar, de modo que la mujer sunamita tuvo que decir: *“He aquí ahora, yo entiendo que este...es varón santo de Dios”* (2 Reyes 4:9). El apóstol Pablo pudo decir: *“Vosotros sois testigos, y Dios también, de cuán santa, justa e irrepreensiblemente nos comportamos con vosotros los creyentes”* (1 Tes. 2:10). Natanael era un verdadero israelita, en quien no había engaño (Juan 1:47). Bernabé *“...era varón bueno, y lleno de Espíritu Santo y de fe”* (Hch. 11:24). Ahora bien, si nosotros vivimos de tal manera, seremos una gran bendición para todos a nuestro alrededor.

Quinto: Como padre y madre debemos ser una bendición para nuestros hijos y los demás miembros de nuestra familia. El Señor sabía que Abraham mandaría a sus hijos y a su casa después de sí, guardando el camino de Jehová (Gn. 18:19). ¡Fíjense cómo el piadoso Jacob fue una bendición para su casa! En Génesis 35:2-4, leemos cómo Jacob amonestó a su familia y los demás que estaban con él a que dejaran sus dioses falsos, y que lo obedecieron. Del mismo modo, cada padre o madre que teme al Señor es obligado a ser una bendición para su familia. La Ley del Señor no sólo debe estar en nuestro corazón, sino que también la debemos enseñar con diligencia a nuestros hijos, hablando de la Ley con ellos en la casa, y andando por el camino, y al acostarnos y levantarnos (Dt. 6:7). Este deber no sólo corresponde al padre, sino que también es un deber para las madres; el rey Lemuel habló de “*la profecía con que le enseñó su madre*” (Prov. 31:1).

Padres y madres entre nosotros: ¿son una bendición para sus hijos? O, ¿los dejan andar donde quieran en el Día del Señor, hasta incluso a jugar billares? ¿Qué dicen ustedes cuando sus hijos les piden permiso ir a una fiesta? Cuando sus hijos les piden dinero para comprar las joyas y otros adornos de vanidad, ¿abren sus bolsillos para tales cosas? Oh padres, ¿oran con sus hijos, y oran para ellos? ¿Es su deseo ferviente que ellos estén preparados para la eternidad? ¿O en cambio piensan ustedes muy poco en su bienestar espiritual y se preocupan más de que tengan una buena posición en este mundo? ¿Qué dirán sus hijos cuando tengan que lamentar la muerte de sus padres? ¿Podrán decir que les han sido una bendición, y que sus padres oraban por ellos y para ellos, buscando al Señor para ellos con lágrimas? ¿Podrán sus hijos decir que ustedes les amonestaban y advertían acerca del camino que lleva al infierno, y que los urgieron a buscar a Jesús?

Sexto: No sólo pueden los padres ser una bendición para los hijos, sino que también donde hay el temor de Dios, los hijos pueden ser una bendición para los padres. Set fue una bendición para Adán; Sem y Jafet fueron una bendición para Noé; Isaac fue una bendición para Abraham; José fue una bendición para Jacob; Samuel fue una bendición para su madre piadosa; Rut fue una bendición para la pobre y triste Noemí; y así podemos leer muchos más ejemplos en las Escrituras. Qué bendición es poder decir a un joven lo que dijo Pablo a Timoteo: “...*trayendo a la memoria la fe no fingida que hay en ti, la cual habitó primero en tu abuela Loida, y luego en tu madre Eunice, y estoy seguro que en ti también*” (2 Tim. 1:5). José era un hombre salvo; también lo era su padre Jacob, su abuelo Isaac, y su bisabuelo Abraham. ¡Qué gran privilegio es cuando haya la gracia de generación en generación! Sí, un hijo que busca y teme al Señor es una gran bendición para sus padres. Por esto, también se dice a ustedes, jóvenes: “*Y serás bendición*”. Si tienen padres que

temen al Señor, no les causen tristeza, sino que sean una bendición para ellos al temer a Dios y honrar a sus padres. Esto les sería de mucha paz cuando sus padres hayan fallecido.

Séptimo: También podemos ser una bendición como un empleado o empleada en una casa en la cual trabajamos. La piedad verdadera es una bendición no sólo por parte de los grandes de la tierra, sino también por parte de los siervos y empleados. José era un esclavo comprado; no obstante, fue de mucha bendición para Potifar y su casa, pues Dios los bendijo por causa de José (Gén. 39:5). Qué gran bendición fue la muchacha sirvienta en la casa de Naamán, el capitán sirio; ella recomendó que Naamán fuera al profeta Eliseo como el único que lo podía curar de su enfermedad grave (2 Reyes 5:2, 3). Piensen también en los siervos de Naamán, quienes aconsejaron a su capitán que hiciera caso al profeta Eliseo y que se lavara en el río Jordán, cuando primeramente Naamán se había enojado y quería marcharse sin hacer lo que decía el profeta. Hablando en términos humanos, si no fuera por la muchacha sirvienta y los siervos que lo acompañaron a Naamán en su viaje, este capitán sirio habría muerto de su lepra. También piensen en los siervos de Cornelio que lo asistían (Hch. 10:7), y en la muchacha Rode que era sirvienta de la madre de Marcos, y quien “...*de gozo no abrió la puerta, sino que corriendo adentro dio la nueva de que Pedro estaba a la puerta*” (Hch. 12:12-14). Sea la posición que tengamos en esta vida, cada persona que teme al Señor puede ser una bendición para los demás.

Octavo: Un cristiano debe ser una bendición para el país y para la iglesia por medio de su oración. Abraham oró al Señor para Sodoma, que si hubiera cincuenta justos, o aun cuarenta, o treinta, o veinte, o siquiera diez justos, que Dios no destruyera la ciudad (Gén. 18:22). Piensen en Moisés, quien hizo intercesión por Israel cuando el Señor amenazó destruirlo por causa de su pecado (Éx. 32:11-13). Pensemos en Samuel, que también hizo intercesión por Israel en aquel tiempo de opresión y guerra (1 Sam. 7:8, 9). Consideremos la oración intercesora de David, cuando setenta mil personas ya habían muerto de la peste (2 Sam. 24:17). Piensen también en Pablo, quien dijo: “*Hermanos, ciertamente el anhelo de mi corazón, y mi oración a Dios por Israel, es para salvación*” (Romanos 10:1).

Si un pastor desea ser una bendición para su congregación, no sólo tiene que estudiar mucho, sino que es mucho más importante que ore mucho, llevando las necesidades de las almas eternas al Señor en oración. Si un padre o madre desea ser una bendición para sus hijos, tiene que orar por ellos. Cuanto más ora un cristiano, tanto más será una bendición, porque el Señor, Quien aun da a los hijos de los cuervos que claman (Salmos 147:9), oír, salvará y bendecirá cuando su pobre pueblo clama a Él.

Noveno: Por medio de un compartimiento tierno y piadoso, un cristiano puede ser una bendición para sí mismo. La Biblia enseña que cuanto más estricto y tierno que vive un cristiano verdadero, tanto más consuela recibe para su propio corazón. Si pertenecemos a los que sólo da fruto “a treinta por uno” (Mt. 13:23), no somos rechazados como la semilla que es infructuosa; sin embargo, no disfrutamos el mismo consuelo para el corazón como los que dan fruto a ciento y a sesenta. Poco fruto significa poco gozo; mucho fruto significa mucho consuelo. Sólo piensen en lo que dice Lucas en Hechos 9:31: *“Entonces las iglesias...eran edificadas, andando en el temor del Señor, y se acrecentaban fortalecidas por el Espíritu Santo”*.

Amigo, ¿eres tú una persona cambiada por el Señor, pero no practicas una vida cerca del Señor, sea por codicia del dinero o del honor? Si es así, tendrás que lamentar una vida infructuosa. Por otro lado, si recurres diariamente a Jesús para perdón y la santificación, y si vives con una ternura sencilla ante Dios, como un peregrino en este mundo, entonces tú gozarás de mucho consuelo. Es cierto que todo es de la gracia; no obstante, este es el camino en el cual el Señor lleva a Su pueblo. Por lo tanto Dios dice en Salmos 50:23: *“Al que ordenare su camino, le mostraré la salvación de Dios”*. También leemos en Salmos 119:165: *“Mucha paz tienen los que aman tu ley, y no hay para ellos tropiezo”*. Así que por la gracia de Dios, la piedad humilde y tierna es la forma de ser una bendición para otros y también para sí mismo.

Antes de concluir este mensaje con algunas palabras de aplicación personal, vamos a cantar del **Salterio 325, las estrofas 1 y 2.**

APLICACIÓN

“Y serás bendición”. Esto es lo que Dios exige de todo Su pueblo. Pero tú que no eres salvo, ¿alguna vez has sido *tú* una bendición para la sociedad, para la iglesia, para tu familia, para tus padres, para tu esposa, o para tus hijos? Considera tus caminos, desde tu niñez hasta ahora. Que esto sirva para descubrirte y humillarte ante el Señor.

¿Eras tú una bendición para tus padres, o has causado mucha tristeza para ellos con tu dureza y desobediencia? Tal vez durante tus años en la escuela tú malgastaste la mensualidad que tus padres luchaban a pagar, al no estudiar, no esforzarse, y al buscar el camino de la perdición. ¿Acaso así se hace una bendición para tus padres?

Luego llegaste a ser un joven adulto. ¿Eras entonces una bendición para tus padres? ¿Les obedeciste fielmente, mostrándoles que los amabas? ¿Has buscado el rostro de Dios en oración por tus padres, y has intentado a compensarles por el cuidado que te dieron desde tu niñez? ¿Eras una

bendición para tus padres al ayudarles cuando se hicieron viejos y canosos? Muchos jóvenes se visten con la última moda, como si pertenecieran a la clase alta, pero no tienen mucho de sus ganancias para ayudar a sus pobres padres. Esto sigue hasta que los jóvenes se casan, y entonces sus padres tienen que arreglárselas por cuenta propia. O tal vez el padre ya habrá fallecido, y la madre tiene que visitar a los diáconos. ¿Es esto la forma de ser una bendición para tus padres? Me parece que tus padres habrían vivido más tranquilamente si tú nunca habrías nacido. El apóstol Pablo nos dice que en los postreros días “...habrá hombres amadores de sí mismos, avaros, vanagloriosos, soberbios, blasfemos, desobedientes a los padres, ingratos, impíos, sin afecto natural...” (2 Tim. 3:2, 3). Cuando miramos a nuestro alrededor, ¿no nos parece que hemos llegado a aquellos “postreros días”?

Considera aún más, tú que eres esclavo al pecado, ¿has sido una bendición para tus compañeros, o has sido cómplice en llevarlos a la perdición? Hay personas que son como Ismael, de quien las Escrituras dicen: “Y él será hombre fiero; su mano será contra todos, y la mano de todos contra él, y delante de todos sus hermanos habitará” (Gn. 16:12). Otros, en cambio de ser una bendición para los demás, son una maldición, como los adúlteros, los borrachos, los que maldicen, y los blasfemos. Otros son hijos desobedientes, y como Esaú, quien era “...amargura de espíritu para Isaac y para Rebeca” (Gn. 26:35), o son como los hijos de Jacob, quienes hicieron descender sus canas con dolor al Seol (Gn. 42:35). O, aunque no haces mal a otros, aún así eres una maldición para ti mismo mientras andas en el camino ancho. De hecho, aun las personas “decentes”, que no tienen la luz del Espíritu ni la piedad verdadera, no son una bendición para sí mismo ni para otros. Todos estos, si permanecen en su estado perdido, van a experimentar la maldición y la ira de Dios hasta toda la eternidad, donde “...el humo de su tormento sube por los siglos de los siglos” (Apoc. 14:11).

Quizás hay alguien entre nosotros que pregunta: “¿Cómo puedo ser una bendición para mí y para otros? Busca el conocimiento del Señor Jesús; arrodíllate delante de Él, pues Él nunca niega Su ayuda y Su gracia a nadie que Lo busque en verdad. Él puede renovarte por medio de Su Espíritu, y puede limpiarte de toda tu culpa y tu pecado con Su preciosa sangre. Él ya ha salvado a muchos que antes eran una maldición, y tampoco Él te negará si Lo buscas con todo corazón.

¡Hijo de Dios entre nosotros! El Señor le dijo a Abraham: “Y serás bendición”, y también te lo dice a ti. Si tuviéramos que meditar en eso, no nos quedaría nada para jactarnos, sino mucho motivo de vergüenza y humillación, y de confesar nuestra culpa ante Dios y para con los demás. Hemos perdido muchas oportunidades de ser una bendición para nosotros mismos y para nuestro prójimo. Pero ahora el llamado se proclama de arreglar sus lámparas y salir a recibir el Esposo (Mt. 25:6, 7).

Busca la manera de ser una bendición para todos en tu entorno durante el poco tiempo que te queda en este mundo. Sé una bendición para tu prójimo, amonestándole con amor y humildad. Háblale de la ira de Dios por el pecado, y trata de recomendarle a Cristo, Quien es el Único que puede librar de la ira venidera. Ayuda a tu prójimo cuando lo necesita, y siempre actúa con humildad con los demás. Bendíceles cuando te maldicen; *“y a cualquiera que te obligue a llevar carga por una milla, ve con él dos”* (Mt. 5:41). Sé amable con todos, y nunca faltes la cortesía o el amor hacia los demás; en todo, muestra la imagen de Cristo, tu Maestro.

Sé una bendición para tu hermano en la fe. Con el apóstol Pablo, entrégate para el bienestar de la iglesia de Cristo, sin buscar el oro o los bienes de los demás, para que puedas decir con Samuel: *“Atestiguad contra mí delante de Jehová y delante de su ungido, si he tomado el buey de alguno, si he tomado el asno de alguno”* (1 Sam. 12:3). También tratan a los débiles en la fe con amor y mansedumbre. Nunca intentes ponerte por encima, ni trates de señorear sobre la herencia del Señor.

En todo sentido sé una bendición para tu esposo y para tus hijos. A tal fin, ora por gracia y fortaleza desde lo alto. Con la ayuda de Dios, trata de aumentar los frutos, para que puedas dar a sesenta y a cien, hasta que el día cuando tú, junto con todo el pueblo de Dios, hayas llegado al fin del viaje y entres en la puerta de la ciudad celestial. Amén.